

EL MITO DE LO MENTAL, EL CONTENIDO NO CONCEPTUAL Y EL ESCEPTICISMO

ÁLVARO PELÁEZ CEDRÉS

Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

apelaez@correo.cua.uam.mx

Resumen

El intelectualismo contemporáneo asume que toda nuestra vida cognitiva, nuestra experiencia y acción, están permeados conceptualmente. Sus detractores han denunciado que esto constituye un mito, el Mito de lo mental, el cual entre otras consecuencias nocivas para nuestra imagen filosófica del mundo se encuentra el antirealismo que entraña. Si nuestra percepción se encuentra mediada conceptualmente, parece que las esperanzas de acceder al mundo externo de manera directa, son pocas. En esta colaboración intentaré explotar, contra el escepticismo y a favor de una concepción realista directa de la percepción, una tendencia antiintelectualista de la filosofía de la percepción contemporánea, a saber, la que defiende que la percepción posee un contenido no conceptual. La tesis básica que defenderé es que la percepción es *realista* en la medida en que es objeto-dependiente, y es *directa* en la medida en que es no conceptual y no mediada. La inspiración para desarrollar esta idea proviene de dos nociones seminales que Gareth Evans articuló en su *Variedades de la referencia*, a saber, la noción de información, y la de contenido no conceptual relacionado a un espacio egocéntrico. Dichas nociones intentan capturar dos formas de obtener información desde el mundo que no implica algún nivel sofisticado de determinación conceptual y por ello, esencialmente no mediacional de nuestra relación con el mundo.

I

“Siempre es un escándalo para la filosofía y para la razón humana universal el no admitir la existencia de las cosas fuera de nosotros sino por fe y, si a alguien se le ocurre ponerla en duda, no poder presentarle una prueba satisfactoria” (I. Kant, *Crítica de la razón pura*).

“El “escándalo para la filosofía” no consiste en que siga faltando hasta ahora esta prueba, sino que se esperen y se intenten sin cesar semejantes pruebas” (M. Heidegger, *Ser y tiempo*).

Siguiendo a Wilfrid Sellars¹, John McDowell² puso en boga en nuestros días el término “Mito de lo dado” para señalar el error fundamental de la epistemología empirista, a saber, la incoherencia consistente en exigir para la experiencia la autoridad de un tribunal que juzgue sobre la fiabilidad de nuestras creencias, al tiempo que se la excluye y separa del ámbito mismo de las creencias. Si queremos darle sentido en lo absoluto a la idea de que la experiencia pueda tener la autoridad de un tribunal, entonces su contenido debe ser homogéneo con el contenido de nuestras creencias, debe pertenecer ya al “espacio de las razones”.

Mas recientemente³, no obstante, se ha comenzado a hablar de otro mito. Como en el caso del anterior, este tampoco es nuevo; sus detractores lo retrotraen al menos hasta Descartes. Sin embargo, se ha planteado como una reacción a la renovada campaña en su favor reiniciada por McDowell, bajo la forma de una pregunta: ¿podemos aceptar la afirmación de que la percepción es completamente conceptual, negando con ello las capacidades más básicas que parece que compartimos con los niños prelingüísticos y otros animales superiores? Hacer de la percepción algo necesariamente conceptual o intelectual es el principio de este mito, el Mito de lo mental.

Pero el Mito de lo mental tiene raíces más profundas y no se limita únicamente a su versión “conceptualista”. Tiene origen en un modo de entender el conocimiento que, siguiendo a Charles Taylor⁴, podemos llamar la “imagen mediacional”. Esta imagen concibe el lugar de la mente en el mundo de modo tal que nuestro único conocimiento de la realidad llega a través de las representaciones que nos hemos formado de ella dentro de nosotros. “A través” es la clave aquí para entender el sentido de la imagen mediacional. Conocemos lo que está fuera a través de lo que está dentro.

Descartes, quien afirmó que “es cierto que no tengo conocimiento de lo que está fuera de mí excepto por medio de las ideas que tengo en mí” (Citado en Taylor 2005: 26), puede ser visto como el precursor de la imagen mediacional, aunque como mencionaba hace un momento, dicha imagen permeó distintas tradiciones y tuvo distintas versiones de cuál es el elemento que media la relación entre la mente y el mundo. Si en Descartes eran “ideas”, en el empirismo fueron “datos sensoriales”, “qualia”, “irritaciones de las superficies sensoriales”, en la versión naturalizada de Quine, y aun los sistemas simbólicos diseñados por los científicos cognitivos.

¹ El *locus* inspirador en la obra de Sellars es, por supuesto, “Empiricism and Philosophy of Mind”, pero también lo han sido sus cursos impartidos durante los años 1975-76, editados como *Kant and Pre-Kantian Themes*, y su *Science and Metaphysics*.

² Cf. su (1998).

³ Si no me equivoco el término fue acuñado por H. Dreyfus en la crítica que hizo a la filosofía de McDowell en su (2005).

⁴ Cf. su (2005).

Ahora bien, desde mi punto de vista, la imagen mediacional ha provisto el contexto adecuado para el surgimiento de distintas formas de escepticismo y antirealismo. En efecto, sólo si la comprensión del mundo es en última instancia conocimiento mediado, tienen sentido las cuestiones acerca de si el mundo se conforma o no a nuestras representaciones, o si algunas de mis formas de tratar con el mundo me distorsionan las cosas, de modo que no pueda conocerlas tal como son en sí mismas, o aun las usuales negaciones de estándares comunes de verdad en virtud de que vemos el mundo a través de moldes irreductiblemente diferentes.

En esta colaboración intentaré explotar, contra el escepticismo y a favor de una concepción realista directa de la percepción, una tendencia antiintelectualista de la filosofía de la percepción contemporánea, a saber, la que defiende que la percepción posee un contenido no conceptual. La tesis básica que defenderé es que la percepción es *realista* en la medida en que es objeto-dependiente, y es *directa* en la medida en que es no conceptual y no mediada. Sin bien la literatura contemporánea sobre no conceptualismo es amplia y rica, la inspiración para desarrollar esta idea proviene de dos nociones seminales que Gareth Evans articuló en su *Variedades de la referencia*, a saber, la noción de información, y la de contenido no conceptual relacionado a un espacio egocéntrico. Dichas nociones intentan capturar dos formas de obtener información desde el mundo que no implica algún nivel sofisticado de determinación conceptual y por ello, esencialmente no mediacional de nuestra relación con el mundo.

II

Desde el punto de vista de Evans, nuestros pensamientos particulares están basados, muy a menudo, en información que tenemos acerca del mundo. Nos consideramos informados de la existencia de tal o cual objeto y pensamos o especulamos sobre él. Los pensamientos en los que Evans está interesado son aquellos que “están gobernados por una concepción de su objeto que no es el resultado ni de la fantasía ni de la estipulación lingüística, sino que es el resultado de una creencia acerca de cómo es el mundo que el sujeto tiene debido a que ha recibido información desde el objeto” (Evans 1982: 121). Es decir, Evans nos invita a considerar una clase de pensamientos tales que aquello que el sujeto considera respecto de los mismos, si son verdaderos o falsos, por ejemplo, o las consecuencias que cree que pueden extraerse de ellos, está determinado por el contenido de su concepción del objeto, lo cual está constituido por la información que el sujeto ha recibido desde el objeto a través de la percepción. En resumidas cuentas, nos invita a considerar pensamientos cuya evaluación se realiza en función de la información obtenida desde el objeto a través de la percepción. Así, ejemplifica Evans, si un sujeto que está percibiendo un gato blanco y negro durmiendo sobre la alfombra, que no posee ninguna otra información relevante sobre el animal más que la que está recibiendo a través de la percepción, entraña el pensamiento que el gato es un gato barcino, dicho pensamiento será rechazado como falso de manera inmediata. Es decir, la información obtenida desde el objeto a través de la percepción es el único criterio para decidir sobre la verdad del pensamiento. Dice

Evans que en estos casos la información “satura” al pensamiento o que la creencia está basada en dicha información.

Puesto de manera algo más precisa, según Evans, un trozo de información se encuentra en lo que podríamos llamar el “círculo de control” de un pensamiento que envuelve una idea de un objeto, sí y sólo sí la disposición del sujeto a apreciar y evaluar dicho pensamiento es una consecuencia causal de la adquisición y retención por parte del sujeto de dicha información. Aquí, por supuesto, la noción clave es la de información. Veamos qué nos dice Evans sobre ella.

En su opinión, cuando una persona percibe algo, recibe o recoge una información acerca del mundo. Asimismo, dicha persona puede también retener dicha información durante cierto lapso de tiempo, y además, mediante la comunicación, transmitir esa información a otros. Estos lugares comunes constituyen, según Evans, los elementos de lo que llama “sistemas informacionales” los cuales, en sus palabras “constituyen el substrato de nuestras vidas cognitivas”.

Contra la forma tradicional de considerar esto, en términos de sensación y creencia, esto es, la idea de que el sujeto recibe ciertos datos que carecen de significación objetiva y luego *lee*, a partir de ciertas inferencias, dichos datos con la apropiada significación objetiva, Evans sostiene que la noción de estar en un estado informacional con tal y cual contenido es una noción filosófica primitiva.

El primer rasgo de esta noción primitiva es lo que llama la “independencia de la creencia”. La idea es que el que un sujeto esté en un estado informacional es independiente de si él cree o no que dicho estado es verídico. Esto es evidente en casos como las ilusiones perceptuales, como la conocida ilusión de Müller-Lyer, donde continuamos viendo una línea más larga que la otra aunque sepamos que ambas son iguales.

El segundo rasgo, conectado con el anterior, consiste en rechazar la forma de entender dichos estados como “inclinaciones a creer”, con el fin de definirlos en términos de creencias. Para Evans, las operaciones de los sistemas informacionales son más primitivas que las que dominan las creencias, las cuales se caracterizan por su conexión con los juicios y con las razones. Según él, la existencia de estos estados informacionales es lo que posibilita, entre otras cosas, los mecanismos básicos mediante los cuales obtenemos información de otros. Aceptamos lo que se nos trasmite mucho antes de juzgar y dar razones sobre su contenido. Esto es ciertamente semejante a algunas observaciones de Wittgenstein. En *Sobre la certeza*, dice: “Me explican, por ejemplo, que hace mucho tiempo alguien escaló esta montaña. ¿Investigo siempre la fiabilidad de quien me lo cuenta y si la montaña existía hace años? Un niño aprende que hay narradores fiables y no fiables mucho después de aprender los hechos que se le cuentan. No aprende *en modo alguno* que aquella montaña ya existía hace mucho tiempo; es decir, ni tan siquiera se plantea la cuestión de si es así. Por decirlo de algún modo, el niño se traga esa consecuencia con *lo que aprende*” (Wittgenstein 2000: §143).

Evans considera que su modelo de almacenamiento y transmisión de información, el cual opera en un nivel primitivo y es independiente de creencia y juicio, puede ser

reforzado mediante una analogía con la forma en que decimos que una fotografía lo es de ciertos objetos.

Cierto mecanismo produce cosas que poseen un contenido informacional. Según Evans, podríamos describir dicho contenido en términos neutrales, mediante un enunciado abierto de una o más variables, dependiendo del número de objetos que haya en la fotografía. Si se trata de una fotografía de un balón rojo sobre un cuadrado amarillo, entonces el contenido de la fotografía podría ser especificado de la siguiente manera:

Rojo (x) & Balón (x) & Amarillo (y) & Cuadrado (y) & Sobre (x, y).

Lo primero a observar es que el mecanismo es un mecanismo de almacenamiento de información, en la medida en que las propiedades que figuran en su salida o producto son las propiedades poseídas por los objetos que constituyen su entrada. Aquí no hay más que una clase de “transferencia” de información a través del mecanismo.

En segundo lugar, decimos, según Evans, que el producto del mecanismo es *de* los objetos que constituían su entrada de dos formas: en primer lugar, cuando el producto fue producido, es decir, cuando el mecanismo produjo algo en presencia de un estímulo; y en segundo lugar, decimos que el producto es *de* los objetos con los cuales habremos de considerar la precisión del mecanismo cuando dicho producto fue producido. Es importante resaltar que, de acuerdo con Evans, en esta forma de especificar cómo una fotografía lo es *de* ciertos objetos, no se hace referencia a los mismo. Esto se debe a que, en su opinión, no puede decirse con propiedad que una fotografía represente sus objetos en ciertas relaciones, no al menos en el mismo sentido en que decimos que una pintura representa, por ejemplo, que Cristo está en la cruz. Así, es necesario distinguir entre lo que Evans llama una *a*-representación, en cuya especificación habría que mencionar *a*, es decir, algo que representa bien o mal a *a*, y otra clase de representación que, sin ser una *a*-representación, representa *a*.

Si aplicamos el modelo a la transmisión de información entre sujetos vemos que funciona análogamente. Si un grupo de personas, para citar el propio ejemplo de Evans, visita una comunidad indígena y una de ellas ve un nativo con una clavija en la nariz y le dice a otro “vi un hombre con una clavija en la nariz”, entonces, dice Evans, el contenido de esta pieza de información es “puramente existencial”, es decir, registra un hecho, a la manera de una fotografía. Sin embargo, tiene todavía un contenido que ha de ser contrastado con el nativo en cuestión. En efecto, es con el nativo que la información habrá de ser comparada si se pretende juzgar, no solo sobre la eficacia del sistema, sino sobre la verdad de alguna creencia basada en dicha información. Dicha creencia incorporaría información *desde* el nativo, pero no sería una creencia *sobre* el nativo. Al aceptar dicha creencia, el sujeto no estaría entrañando un pensamiento *sobre* algo.

Claro está, si el sujeto receptor reflexiona sobre el proceso de transmisión de información, entonces puede entrañar un pensamiento sobre “ese nativo”, pero el objeto de pensamiento será individuado, en este caso, por referencia a su rol en las operaciones del sistema informacional.

Con esto en mente, permítaseme pasar a la siguiente sección.

II

La concepción de Evans sobre el segundo modo de obtener información desde el mundo en la percepción, la noción de espacio egocéntrico, es presentada en el contexto de la discusión sobre la posibilidad de la referencia demostrativa.

Siguiendo a Strawson, Evans considera que la cuestión de la referencia demostrativa envuelve esencialmente a la percepción. No obstante, si definimos esta como una conexión informacional entre sujeto y objeto, que provee al sujeto con información no-conceptual sobre los estados y acciones de los objetos durante cierto período de tiempo, entonces habrá mucho que explicar en torno a ella. Pues, no sólo existen una variedad enorme de conexiones informacionales, sino que queda indeterminado desde el propio concepto que clase de carencias en las rutas espaciales y desfases temporales en los canales de información son consistentes con que se diga que el sujeto percibe un objeto.

Evans parte de la base de que una conexión informacional entre sujeto y objeto es una condición necesaria pero no suficiente para caracterizar la identificación demostrativa. Los pensamientos demostrativos son pensamientos que son gobernados por un “círculo de control”, como lo llamamos antes, que deriva del objeto. Es más, los pensamientos demostrativos ocurren en el contexto de una conexión informacional continua entre sujeto y objeto, es decir, en un contexto en el que el sujeto adquiere una concepción del objeto en evolución. El “círculo de control” que controla sus pensamientos cambia en virtud de la información que recibe del objeto. Esto indica, según Evans, la presencia de un elemento constitutivo fundamental de nuestras habilidades perceptuales, a saber, la habilidad para perseguir un objeto dentro de un orden visual, o seguir un instrumento en un patrón de sonido complejo y cambiante. Sin embargo, aunque este elemento es constitutivo de nuestras habilidades perceptuales, no es suficiente para posibilitar la identificación demostrativa.

La razón fundamental por la que la mera conexión informacional entre sujeto y objeto no es capaz de garantizar dicha identificación demostrativa es que no es capaz de explicar la “constricción de generalidad”. Si el tipo de proposiciones con el que tratáramos fuera aquella cuya verdad o falsedad pudiera determinarse por medio de la información accesible vía la conexión informacional, entonces no habría mayores dificultades. Pero, según Evans, si el sujeto tiene una idea adecuada de un objeto, entonces debe ser capaz de sostener una variedad indefinida de pensamientos sobre dicho objeto. No se trata sólo de pensamientos como “Ese gato ha saltado sobre la cama”, o “Ese gato es blanco y negro”, sino también pensamientos como “Ese gato tiene siete vidas”, “Ese gato tiene pulgas”, etc. De acuerdo con Evans, para que los pensamientos tengan esa cualidad productiva, una idea de un objeto necesitaría ser, o bien una identificación fundamental del objeto, o ser un conocimiento de lo que hace verdadera a una proposición de identidad que envuelve una identificación fundamental. En el caso de los objetos espacio-temporales, una idea adecuada de un objeto consiste

en, o bien una concepción del mismo como ocupando tal o cual posición, o bien un conocimiento de lo que significa que un objeto así identificado sea el objeto relevante. La mera conexión informacional no parece garantizar ninguna de estas dos condiciones. En primer lugar, porque no provee al sujeto con una concepción fundamental del objeto, en la medida en que no le posibilitaría localizar al objeto; y en segundo lugar, sería incapaz de proveernos de un conocimiento de que el objeto que ocupa una posición en el espacio, es el objeto relevante en cuestión.

Entonces, si la mera conexión informacional no es suficiente para la identificación demostrativa, ¿qué deberíamos agregarle para hacerla posible? Una respuesta inmediata sería: un elemento conceptual. Sin embargo, Evans cree que podemos evitar esta intelectualización de la percepción a través de un recurso a *habilidades* de localización espacial no conceptuales.

Lo primero que hay que considerar en la determinación de estas habilidades es lo que está implicado en la identificación de lugares, en pensamientos del tipo “aquí”. Los lugares sobre los que pensamos están identificados por sus relaciones espaciales con los objetos que constituyen nuestro marco de referencia. Así, los lugares serían identificados desde un punto de vista estrictamente relacional, en función de una especie de mapa que representara las relaciones espaciales de los objetos que constituyen el marco de referencia. Según Evans, la adquisición y el refinamiento de habilidades para formar y emplear representaciones de esa clase son la condición para la posesión de un concepto genuino de espacio y de las cosas que existen en él con independencia de la percepción. Los pensamientos acerca de lugares determinados por el uso de estos mapas constituyen pensamientos objetivos.

Asimismo, los pensamientos “aquí” pertenecen a una red de otros pensamientos acerca de lugares tales como “Hay un F allá”, “Hay un F arriba y a la izquierda”, “Hay un F un poco detrás de mí”, de los cuales son los menos específicos. Todos ellos pertenecen a un modo egocéntrico de pensamiento. En este modo egocéntrico de pensamiento el sujeto se ve a sí mismo como en el centro de un espacio, con sus coordenadas dadas por las nociones de “arriba”, “abajo”, “derecha”, “izquierda”, “adelante” y “detrás”. A esto lo llama Evans un “espacio egocéntrico”, y al pensamiento acerca de posiciones dentro de este marco “pensar egocéntricamente acerca del espacio”. Los pensamientos “aquí” pertenecen a este sistema: “aquí” denota un área más o menos extensa que se centra sobre el sujeto.

Hay dos aspectos a resaltar acerca de la importancia de los términos espaciales egocéntricos: en primer lugar, son los términos en los cuales formulamos el contenido de nuestras experiencias espaciales; y en segundo lugar, son los términos en los cuales expresamos nuestros planes conductuales. Es decir, un espacio egocéntrico existe sólo para una clase de animales que se encuentran en medio de una red de entradas perceptuales y salidas conductuales, en otras palabras, un espacio egocéntrico constituye el medio propio en el cual se desarrollan *agentes incorporados*. Esto significa que los pensamientos “aquí” no consisten meramente en la capacidad de determinar, mediante el dominio de un mapa, los lugares donde se encuentran los objetos u ocurren los eventos desde un punto fijo donde se ubica el sujeto, sino que

implica un “hacer algo” por parte del sujeto. Es decir, los lugares se especifican en un vocabulario egocéntrico, pero el significado de dichos términos deriva en parte de conexiones complicadas con las acciones del sujeto. “Arriba” y “abajo” están relacionados a cómo un sujeto se movería y actuaría en el campo.

III

Ahora bien, la teoría de la percepción cuyos rudimentos acabo de exponer nos habla de nosotros como agentes incorporados. Recibimos información desde el mundo de una forma no mediada y respondemos a ella con un conjunto de términos básicos cuyo significado está parcialmente determinado por el tipo de acciones que desarrollamos en ese mundo. Esto es, como sistemas informacionales, adquirimos información desde el mundo con independencia de juicio y creencia, de manera análoga a cómo un dispositivo fotográfico es afectado por una entrada y produce un resultado cuyo contenido no necesita ser explicitado más que en términos de las relaciones entre los objetos que constituyen la entrada. En otras palabras, la percepción es objeto-dependiente. Asimismo, esas determinaciones del contenido de nuestros estados informacionales ocurren desde la perspectiva de un sujeto o agente incorporado, pues tienen el sello de las acciones que el agente lleva a cabo en respuesta a las entradas.

Estos dos rasgos de nuestra percepción son característicos de un sujeto asido al mundo. Como hemos dicho antes, siguiendo a Evans, nuestro campo perceptual tiene una estructura orientacional, un arriba y un abajo, un en frente y un detrás. En los raros momentos en que perdemos la orientación, no sabemos donde estamos ni tampoco donde están las cosas; perdemos nuestra conexión con el mundo y nuestro campo perceptual ya no es nuestro acceso a dicho mundo. Esto parece indicar que la estructura orientacional de nuestro campo perceptual es un rasgo necesario de nuestra experiencia, si es que no queremos perder el sentido de lo que es un campo perceptual, a saber, el de ponernos en contacto con el mundo.

Así, nuestro acceso primario al mundo es a través de la percepción, y esta es esencialmente la de un agente incorporado, quien está acoplado al mundo. Recibe información desde el mundo y actúa en y sobre el mundo. Estamos, por así decirlo, inescapablemente abiertos al mundo; y nuestra manera de estar abiertos al mundo, nuestra percepción, es la de un agente asido al mundo.

En *Mente y mundo*, John McDowell dice algo similar: “Un sujeto que posee experiencias y actúa es un ser vivo..., él mismo es un sujeto encarnado, sustantivamente presente en el mundo que experimenta y sobre el que actúa” (McDowell 2003: 179), y agrega: “Este es el marco para una reflexión que ciertamente constituiría una buena oportunidad de dejar obsoleta la filosofía tradicional” (Ibíd: 179). Pero como sabemos, en su opinión, el estar implicado con el mundo obedece a una “actividad conceptual”, y por ello, tal como lo señalábamos al comienzo, presa de la imagen mediacional tradicional.

McDowell podría todavía argumentar contra este cargo a partir de la idea, tomada de Aristóteles, de segunda naturaleza. En efecto, generalizando la idea de la

formación ética y la sabiduría práctica a las funciones del entendimiento, podemos entender estas como la iniciación en las capacidades conceptuales, que incluyen la responsabilidad a otras demandas racionales además de las éticas. McDowell concluye que, dada nuestra segunda naturaleza, podemos “vernó como animales cuyo ser natural está permeada con racionalidad”. Gracias a nuestra inculcación en la cultura, nos volvemos sensibles a razones, que luego influyen nuestros hábitos de pensamiento y acción.

En el caso de Evans, como en el de Wittgenstein, toda racionalización será retroactiva. McDowell parece coincidir con esto cuando dice: “Yo construyo la discusión de Aristóteles de la deliberación como un intento de reconstrucción de razones para la acción no necesariamente pensadas de antemano” (Citado en Dreyfus 2005: 51). Sin embargo, hablar de una *reconstrucción*, antes que de una construcción de razones sugiere que esas razones deben haber estado implícitas desde el principio. Para McDowell, la mente está en todos los lugares donde lo dado puro no está, es decir, en todas partes.

Ahora bien, comenzamos señalando las razones por las que creemos que la imagen mediacional ha sido el marco apropiado para desarrollar formas distintas de escepticismo y antirealismo. Por otro lado, la concepción de la experiencia perceptual como la de un agente incorporado que goza de estados informacionales con contenidos no conceptuales, y que lo pone como un sujeto asido o abierto al mundo, parece abrir otras perspectivas. Puede haber (y obviamente hay) diferencias, concepciones o construcciones alternativas de la realidad que pueden sistemáticas y de largo alcance. Algunas de ellas, tal vez todas, pueden estar equivocadas; pero al mismo tiempo, todas esas concepciones o construcciones se proponen sobre la base de una relación perceptual con el mundo que es esencialmente dependiente de los hechos y no mediada conceptualmente, lo cual define un modo de estar asido o abierto al mundo. Sobre esta base, podría decirse que es imposible estar totalmente equivocado. La realidad del contacto con el mundo real es el hecho inescapable de la vida animal y sólo puede imaginarse como completamente errónea por un argumento filosófico. Es en virtud del contacto con el mundo que siempre tenemos algo que decirnos, algo a qué señalar en las discusiones sobre la realidad.

Bibliografía

- Dreyfus, H., (2005), “Overcoming the Myth of the Mental: How Philosophers Can Profit from the Phenomenology of Everyday Expertise”. En *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, Vol. 79, No 2, 47-65.
- Evans, G. (1982), *The Varieties of Reference*, Oxford, Oxford University Press. Trad. Española, *Las variedades de la referencia*, UAM-Cuajimalpa-Universidad del Rosario, México-Colombia (2019).
- McDowell, J., (2003), *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme.

Sellars, W., (1963), “Empiricism and the Philosophy of Mind”, en *Science, Perception and Reality*, Routledge and Kegan Paul, Londres.

Sellars, W., (1968), *Science and Metaphysics. Variations on Kantian Themes*, Routledge and Kegan Paul, Londres.

Sellars, W., (2002), *Kantian and Pre-Kantian Themes*, Ridgeview Publishing Co. Atascadero CA.

Taylor, Ch., (2005), “Merleau-Ponty and the Phenomenological Picture”. En *The Cambridge Companion to Merleau-Ponty*, Ed. T. Carman & M. Hansen, Cambridge, Cambridge University Press.

Wittgenstein, L., (2000), *Sobre la certeza*, Barcelona, Gedisa.